

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/8-julio-cesar/>

MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

<https://ideaswaldorf.com/9-marco-antonio-y-cleopatra/>

6°

Durante un tiempo, Marco Antonio permaneció en Roma con su joven esposa Octavia, y compartía la tarea de gobernar el Imperio Romano con Octavio y Lépido, con quienes habían formado un segundo triunvirato en el 43 a. de C.

En el año 41 a. de C. —tres años después de la muerte de Julio César—, Marco Antonio se desplazó a la parte del imperio que le correspondía gobernar, que incluía Egipto, Siria y Macedonia y donde no tenía que compartir el poder. De modo que dejó a su esposa en Roma y viajó primero a Grecia.

Muchos griegos habían estado dispuestos a luchar por el desafortunado Bruto, y Marco Antonio se propuso la tarea de castigar a los hombres que habían ayudado a Bruto.

Muchos griegos perdieron sus vidas o languidecieron en prisión por haber estado en el lado perdedor de la batalla de Filipos.

Marco Antonio aprovechó para entrar en contacto con Cleopatra y envió un mensajero a la reina de Egipto para llamarla en su ayuda en su guerra contra los republicanos, pero la reina no quería que Egipto entrara en una guerra civil de los romanos y tampoco se fiaba de él. Finalmente, accedió a reunirse con él con la condición de hacerlo en su propio barco, considerado como suelo egipcio donde fuere que estuviese anclado.

Así que se encontraron en Tarso en el año 41 a. de C. La reina de Egipto se presentó unas pocas semanas después de que se hubiera enviado el mensaje, Marco Antonio fue informado de que se aproximaba un bajel, que según explicaron excitados sus sirvientes, era algo nunca visto antes.

Llevado por la curiosidad, Marco Antonio se apresuró en ir hacia el puerto y vio un espectáculo asombroso. El barco real egipcio estaba cubierto de láminas de oro y parecía como si todo él estuviera hecho de oro. Llevaba una vela púrpura y los remos estaban tan tachonados de clavos de plata que parecían estar hechos completamente de plata.

Cuando ese barco resplandeciente llegó al embarcadero se extendió una pasarela y un esclavo negro invitó a Marco Antonio a subir a bordo. Cuando llegó a la cubierta vio, reclinada en un diván, a la mujer más bella que jamás hubiera visto. Tenía el pelo oscuro, ojos negros grandes y su bella figura estaba vestida en telas de la más delicada seda.

Un sirviente la abanicaba con grandes plumas de pavo real. A su alrededor había músicos que tocaban suavemente el arpa.

Con una voz que parecía música, la reina lo invitó a sentarse a su lado. Y la belleza, el encanto, y la inteligencia de esa mujer obraron como si fuera un hechizo mágico sobre Marco Antonio.

En unos instantes se olvidó de su joven esposa en Roma, se olvidó de Roma y de sus deberes, y de su pacto con Octavio. Solamente le importaba una cosa: esa hermosa mujer, la reina de Egipto, Cleopatra.

Al día siguiente el barco regresó a Egipto, y en él iba Marco Antonio. Se fue con Cleopatra hasta Alejandría y permaneció allí durante el invierno de ese año, y allí tuvo dos hijos gemelos con ella.

Tras la muerte de su esposa Fulvia, Marco Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio. Después de invadir Armenia y Partia e incorporarlas al imperio, Marco Antonio regresó a Alejandría, donde volvió a reunirse con Cleopatra, y declaró a Cesarión heredero de Julio César.

El gran Marco Antonio que había derrotado a Bruto y Casio, cuyo discurso había conmovido a los romanos, el amigo de Julio César, se volvió tan blando como la cera en las manos de Cleopatra.

Vivía rodeado de un impresionante lujo y esplendor en el palacio de Cleopatra, como si fuera su esposo, y dejó de pensar en su esposa en Roma y en lo que ella sentiría cuando se enterara de la noticia. Su vida estaba tan llena de fiestas, celebraciones, placeres y diversiones, estaba tan sometido al hechizo de Cleopatra que no se preocupaba en nada por lo que pasaba en Roma.

El triunvirato expiró en el año 33 a. de C. y no se renovó. Mientras tanto Octavio había mostrado a los romanos que era un digno sucesor de Julio César.

Las legiones romanas estaban bien entrenadas y bien pagadas. La ley y la justicia romana mantenía el orden y la paz en el país. Al principio, los romanos habían preferido a Marco Antonio, porque era un joven oficial apuesto y elegante que podía dar emocionantes discursos. Pero con el tiempo comprobaron que Octavio, ese hombre más bien serio, que trabajaba duramente y tomaba muy seriamente su tarea de gobernar Roma, era un hombre y un gobernante mejor que Marco Antonio.

Al final, Octavio decidió —y los ciudadanos de Roma estuvieron de acuerdo— que no debía tolerar a un socio que había abandonado a su esposa, que no trabajaba, y que malgastaba su tiempo viviendo en el indolente lujo bajo el hechizo de una reina extranjera. De modo que Octavio envió una flota para luchar contra Marco Antonio y acabar con su pacto mutuo.

Marco Antonio no estaba preocupado, tenía su propia flota y Cleopatra tenía otra e insistía en mandar su propia flota en la batalla. De ese modo, las flotas conjuntas de Marco Antonio y Cleopatra se enfrentaron con las naves de Octavio en el mediterráneo, cerca de la ciudad griega de Actium. Pero en medio de la batalla naval, Cleopatra, repentinamente, ordenó que todas sus naves volvieran a Alejandría.

Cuando Marco Antonio vio que las naves de Cleopatra se retiraban, perdió todo interés en la batalla naval, y marchó precipitadamente tras de ella, dejando abandonadas a su suerte al resto de naves de su flota, que fueron destruidas por Octavio.

Marco Antonio llegó a Alejandría y los llorosos sirvientes le dijeron que Cleopatra se había suicidado.

Cuando oyó la noticia, estaba desesperado e, igual que Bruto, se quitó la vida con su propia espada. Pero en realidad Cleopatra le había engañado, todavía estaba viva y pretendía hechizar esta vez a Octavio, aunque estaba equivocada, pues cuando a Octavio llegó a Alejandría con su flota victoriosa, puso a Cleopatra bajo arresto de los soldados romanos. Y

Cleopatra averiguó lo que le esperaba, a través del oficial de la guardia: que la conducirían encadenada por las calles de Roma en el desfile triunfal de Octavio.

Al oír eso, Cleopatra supo que no tenía oportunidad alguna de atrapar a Octavio en su red. A petición suya, los guardias romanos dieron permiso para que una de sus sirvientas le llevara una cesta de higos. Ocultas bajo los higos había serpientes venenosas. Cleopatra tomó una serpiente y dejó que le mordiera. De ese modo murió la mujer más fascinante de su época.

Cuando Octavio se enteró de su muerte solamente se lamentó de no poderla haber paseado por las calles de Roma en su desfile triunfal.

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma.

Finalmente ocupaba el puesto de Julio César.

Dios en la Tierra

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma, finalmente ocupaba el puesto de Julio César. Pero ¡cuán diferentes eran los dos hombres que habían querido ocupar el puesto de Julio César: ¡Marco Antonio y Octavio!

Marco Antonio era un gallardo oficial, fuerte, bello y que podía hablar con gran elocuencia. Era el hombre que gustaba a todo el mundo a primera vista. Pero esa agradable apariencia exterior era sólo eso: experiencia externa, pues interiormente era débil y blando, buscaba el placer y el lujo, mientras que el deber, el trabajo duro y la responsabilidad le preocupaban poco.

Si hubiéramos conocido a Marco Antonio seguramente nos habría gustado, pero nunca podríamos haberlo respetado.

Octavio era lo opuesto, desdeñaba el lujo. Incluso cuando alcanzó el poder máximo en Roma, sus comidas eran frugales, las mismas que un simple campesino italiano: pan, queso, aceitunas, poca carne y un poco de vino. Podría haber llevado las vestiduras más exquisitas y más caras, pero eligió una túnica y una toga tejida a mano por su esposa, Livia Drusila en su propio telar. Ella misma podría haber tenido los placeres de una reina, pero prefería vivir como una simple ama de casa romana.

Si hubiéramos conocido a Octavio, probablemente no nos hubiera gustado al principio, porque era demasiado serio y adusto, un hombre parco en palabras, no era una compañía divertida como lo era Marco Antonio. Podríamos haberlo encontrado frío y no tan vivaz como Marco Antonio, pero con el tiempo habríamos descubierto que ese hombre tranquilo tenía una enorme fuerza interior y una determinación férrea. Tal vez no nos habría gustado, pero se habría ganado nuestro respeto. Por lo tanto, no fue por casualidad que al final fuera Octavio quien ocupara el lugar de Julio César.

Marco Antonio estaba destinado a perder, destruido por sus propias debilidades.

Fue bueno para Roma que Octavio asumiera el poder, porque no hizo mal uso de él dedicándose a una vida fácil y lujosa. Realizaba sus deberes como gobernante de un gran

imperio con mucha seriedad y trabajaba mucho más y mejor que muchos de los hombres ricos de Roma.

Demostró ser un gobernante sabio, y Roma estaba libre de guerra civil por primera vez en muchos años. Había paz en el país, y el comercio y la economía prosperó. Fue también la época en que florecieron los grandes poetas, como **Virgilio**, el gran escritor de la época de Octavio.

Los romanos mismos llamaron al período de Augusto la Edad de Oro de Roma. Octavio no quería el título de dictador, y sabía que a los romanos no les gustaba el de rey, de modo que pensó en otro título para los gobernantes de Roma, el nombre de su tío abuelo: Julio César. Desde ese momento el título que ostentaron los emperadores romanos fue el de "Julio César". Pero a los romanos les gustaba tener a un gobernante sabio y justo, y los senadores lo honraron dándole un nuevo nombre: en lugar de Octavio se le llamó **Augusto**, convirtiéndose así en "Julio César Augusto".

Ese nombre de Augusto era muy especial porque quiere decir "el que trae la buena fortuna", y los romanos acostumbraban a hablar de su dios Júpiter como Júpiter Augusto, "Júpiter que trae la buena fortuna".

El nombre de Augusto, que hasta ese momento sólo se había utilizado para los dioses —pues sólo un dios podía enviar la buena fortuna— empezó así a ser utilizado para una persona. Al darle el nombre de Augusto, los romanos consideraban a Octavio con un ser casi divino.

Los romanos tenían el sentimiento de que cuanto más poder se tiene, más se parece uno a los dioses. Y Octavio, o Julio César Augusto, como se le llamaba ahora, realmente era el hombre más poderoso del mundo. No es de extrañar que pensarán en él como en un ser parecido a los dioses.

En su honor, fue denominado Agosto (Augusto) el mes posterior al soleado mes de Julio. ¡Todavía podemos ver la historia romana en nuestro calendario!

Julio César Augusto tenía un gran conocimiento de las cosas que habían sucedido en el pasado remoto. Sabía, por ejemplo, que, en antiguo Egipto, el dios Osiris había reinado como rey, como faraón. Y Augusto consideraba que sería bueno que los romanos contemplaran a sus gobernantes como dioses, igual como habían hecho los egipcios.

A Julio César Augusto no le parecía mal que le llamaran dios.

Pronto se construyeron templos en los que se ponían la estatua de Julio César Augusto, y los romanos se acercaban gustosamente a ellos para ofrecer sacrificios ante sus estatuas y venerarlo.

Desde ese momento se convirtió en una costumbre que los Césares fueran venerados como dioses. Julio César Augusto fue el primero que hizo que los romanos lo adoraran como un dios.

**Virgilio o Publio Virgilio Marón1 (70 aC-19 a. de C.): Poeta romano, autor de la 'Eneida,' las 'Bucólicas' y las 'Geórgicas.' — Posiblemente, la 'Eneida' sea el primer plagio (a la 'Odisea' y a la 'Ilíada') y primer panfleto político. [n. del pr.]*

**Augusto (63 a .de C. -14): Primer emperador romano. Nacido Cayo Octavio Turino fue adoptado por su tío abuelo Julio César en su testamento, y pasó a llamarse Cayo Julio César Octaviano. En 27 a. de C. el Senado le concedió usar el 'Augusto.' [n. del pr.]*

Sin embargo, justo en esa misma época, en que un hombre como Octavio, el sobrino nieto de Julio César, se erigiera a sí mismo como un dios, en la lejana Palestina estaba sucediendo algo de enorme importancia: Dios se hacía hombre en Jesús.

El Niño Jesús nació en la época de Julio César Augusto. El Niño Jesús había nacido en un establo; María y José no pudieron encontrar cobijo en ninguna posada en el pequeño pueblo de Belén, en la pobreza, en una tierra aplastada y conquistada por los romanos.

En ese momento, en que Dios se hacía realmente hombre en Jesús, en Roma, un hombre, Julio César Augusto, se autoproclamaba dios.

En Roma, los hombres adoraban a un hombre como dios.

En la lejana Palestina, Dios se hacía hombre y sólo unos pocos, pastores y hombres sabios —los magos de Oriente—, llegaron a adorar al niño recién nacido.

En otro lugar hubo gente que supo que algo de capital importancia acababa de suceder en una tierra muy lejana.

En Britania, especialmente en Irlanda, hubo druidas que dijeron:

—*“Ha sucedido algo, la sabiduría sagrada que había en la luz del sol acaba de venir a la Tierra”.*

Pero Roma sólo conocía el poder, y veneraba como un dios al hombre más poderoso: Julio César Augusto.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/en-palestina-y-en-roma/>

Aportación de Hermelinda Delgado